

Racimos de perro muerto

basado en una historia real'
por **Emiliano Gabriel Farias**

Dos mujeres. Ambas se parecen mucho: visten la misma ropa, tienen la misma altura y edad, facciones prácticamente iguales y voces similares. Una de ellas es esbelta; la otra está desarreglada, sucia y es obesa. Van turnándose para hablar

Mujer 1: Mamá siempre se castigaba por todo. Incluso cuando no tenía un porqué, se las arreglaba para encontrar su cuota de culpa en cada nueva tragedia hogareña

Mujer 2: Como cuando murió Luisa. Había sido un accidente, claro está, pero ella creía que sus años mozos en la estancia y el permanente contacto con los animales y sus costumbres deberían haberle dejado algo más que solo la experiencia agreste del monte y la inanición: hubiera deseado convertirse en una caudilla del granjerío; en la portadora de un sexto sentido campestre que le permitiese oler la muerte a cientos de kilómetros de distancia. O, por lo menos, haber vivido lo suficiente como para saber que no era buena idea que Luisa escarbara entre los maceteros de lata carcomidos, que estaban cerca de la parra

Mujer 1: De todas las torturas humanas autoimpuestas, la culpa es la más dolorosa

Mujer 2: Luisa murió antes de que cualquiera de nosotros pudiera notar su ausencia, de una forma tan atroz como patética: se había devorado una vid casi entera, con pimpollos y ramas incluidasⁱⁱ. Se tragó las uvas enteras – algunas verdes, otras moradas, recostada en la sombrita que daba la parra sobre el paredón del vecino. La habían dejado crecer sola, medio amaestrada, medio silvestre, al costado de una de las columnas que sostenían la galería de verdes y mosaicos. Había sabido treparse por entre los surcos de la cal agrietada y enredarse en las macetitas de los helechos colgantes. Este delicado equilibrio –a simple vista imposible – de formas tan frágiles y elementos tan rústicos, era toda una proeza de la ingeniería natural, un logro de carácter vitícola y esencia primaveral, que pasaba desapercibido detrás del tender cargado de ropa y de las porquerías que se juntaban en el aguantadero. El fenómeno quizás hubiese tenido algo de importancia de no ser porque todo en lo de Luisa era así: encontraba la manera de sostenerse; un poco endeble; un poco solo

Mujer 1: Con las tetas hinchadas y el estómago endurecido, jadeó hasta que alguien vino a cerrarle los ojos

Mujer 2: Incluso cuando aún no estaban maduras – pero tenían el tamaño correcto – las chupaba directo del racimo. Formaba una filita con la lengua y las iba engullendo una tras otra, despacito, para no atorarse. Tanta fascinación tenía por las uvas que incluso se había hecho un hueco entre la siesta y la merienda para escalar la enredadera, agarrar todas las que pudiese y dejar a la parra casi desnuda de un lado en menos de cuatro tardes

Mujer 1: Las tripas se le revolvían, pesadas, como si en vez de uvas hubiese tragado balas

Mujer 2: La sombra que proyectaba el follaje se había llenado de huecos, algunos grandes, otros enormes, que le recortaban el cuerpo por todos lados cuando se echaba sobre el fino césped de los canteros e intentaba retener la forma de las uvas en su mente. El olor, el sabor, la textura de todas ellas.

Mientras se mojaba los dedos en la savia de un aloe vera y se los frotaba por la panza, que seguía ensanchándose y le latía cada vez más rápido, sintió que las uvas de su mente se desvanecían cuando el látex le recorrió la garganta. Hizo una arcada o dos y se le empañaron los ojos. No tanto por su respuesta involuntaria, sino más bien por el recuerdo de aquella perra agonizante, que la hacía consciente de su propio destino inevitable

Mujer 1: Con un tallo atravesándole el vientre y el corazón

Mujer 2: Luisa tragó diecinueve cápsulas rellenas de cocaína en menos de dos horas. Para ser una primeriza, había hecho bien su trabajo. Las uvas le habían dilatado el esófago y la laringe, y tenía el estómago tan expandido que casi alcanzaba el tamaño de sus pulmonesⁱⁱⁱ. Revisó bien cada una de ellas y las apretujó entre sus dedos, para darles forma; todas envueltas en preservativos lubricados; todas boyando en el interior de sus jugos estomacales y de sus cavidades más íntimas. Sintió que ahora cargaba con el peso de dos partos, ambos trágicos e irreversibles. O tal vez eran diez, doce, cien. Quizás fuesen

incontables, como todas las uvas que había robado de la parra y que le habían desfondado las entrañas, una a una, para que el cuerpo le sirviera como depósito de todos sus fracasos y miserias; como un container decadente apelmazado en la forma de sus carnes, que sostenían lo que quedaba de su humanidad

Mujer 1: Luisa siempre arrastraba su correa, tan mugrienta, percutida y maltratada como ella misma

Mujer 2: A Luisa le hubiera gustado viajar. Quizás no en las circunstancias en las que lo hizo, pero el destino tiene una manera extraña de relacionarlo todo

Mujer 1: Al poco tiempo de nacer, a los hijos de mamá se le cayeron los pellejitos del ombligo, y ella los guardó a todos. Salvo el de Luisa. Nunca supo dónde se había metido. Decía que por eso ella era tan inquieta y soñaba tanto con irse del monte, del aguantadero y de su vida

Mujer 2: De crecer como una parra y como una perra: un poco endeble; un poco sola

Mujer 1: Sosteniéndose

Mujer 2 mira a Mujer 1. Pausa. Continúa

Mujer 2: Una cápsula se le agrietó en la mitad del viaje. Después, le siguieron todas las demás

Mujer 1: Por primera vez, entendió a qué se refería su madre cuando hablaba de esa premonición rural de adivinar el camino de la muerte, que hubiera deseado tener con todas sus fuerzas

Mujer 2: El pánico le produjo una contracción terrible que le desgarró el bajo vientre y sintió cómo se le manchaba la ropa con el jugo de sus propias entrañas

Mujer 1: Se agarró la entrepierna con las dos manos. Tocó algo blanduzco y tiró. El crujido de la bolsa de residuos le retumbó en las sienes y le inyectó de sangre las órbitas de los ojos

Mujer 2: Más adentro, acarició pelo. Y el deseo de una premonición liberadora se le apareció, clarito, en la forma de un racimo de colmillos

Mujer 1: Luisa había parido a su propia perra, la que llevaba su nombre y la que se había envenenado con las uvas de la parra del patio. Esas que ella había tragado una a una para ensancharse las tripas y engordarse el consuelo

Mujer 2: Dio a luz a lo que creyó que era una abominación, entre un shock frenético de adrenalina y temblor

Mujer 1: La cabeza de la bestia, suspendida en el aire, rebotaba entre sus muslos como un péndulo bastardo y grotesco

Mujer 2: Dio un grito desgarrador, y lo último que pudo ver fue el pellejo de un ombligo que nunca conoció

Mujer 1: El chofer detuvo la camioneta. Abrió el compartimiento en el que estaba Luisa junto a otros tres, la separó del grupo y le quitó la cocaína que había expulsado de la vagina. Desenredó un pañuelo sudado que llevaba atado a la cintura y se lo sujetó a Luisa en el rostro. La camufló sobre una parva de helechos secos a un costado del camino, en las afueras de un pueblito que nadie conocía, en la frontera de un país cualquiera

Mujer 2: Luisa se ha parido a sí misma una y mil veces. Quizás con otro rostro, quizás con otra voz, pero en su vientre siempre habita lo mismo: el fruto de una esperanza embustera, de una salvación mentirosa. Ella es la hipérbole de la especie y de sus vicios. Es fallo, carencia y defecto. Una cifra constante; una estadística marginal; un relato imposible, pero real y certero, lejano y latente a la vez, que se funde. A esta altura es difícil saber si hablamos de perros, mujeres o leyendas

Mujer 1 mira a Mujer 2. Pausa. Continúa

Mujer 1: Luisa, la perra

Mujer 2: Luisa, la mula

Mujer 1: Que murió tragando uvas...

Mujer 2: ...y el hocico envuelto en llagas amoratadas

Mujer 1: Luisa, yo

Mujer 2: Luisa, yo

Ambas se miran

Luisa 1: Con el vientre hinchado como las tetas de una perra muerta...

Luisa 2: ...y el alma reseca como la piel de una parra

Luisa 1: Un poco endeble

Luisa 2: Un poco sola

Luisa 1: Sosteniéndose

Luisa 2: Consumiéndose

Notas

ⁱ Este año, una joven de 18 años, embarazada, que se desempeñaba como "*narcomula*", dio a luz a su bebé mientras le sacaban un paquete de 190 gramos de "*crispy*" de la vagina en la ciudad venezolana de Carabobo. Parte de la noticia se refleja en esta obra.

ⁱⁱ Las uvas contienen diferentes sustancias ácidas que son tóxicas para los caninos e incluso pueden llegar a provocar la muerte en varias razas, sobre todo en las más pequeñas.

ⁱⁱⁱ Uno de los métodos más simples y utilizados por los traficantes de drogas consiste en hacer tragar a la 'mula' uvas enteras, con el fin de que su estómago se expanda y pueda cargar una mayor cantidad de contrabando. A veces, las uvas se reemplazan por trozos de zanahoria crudos.